

SIGNIFICADOS SIMBOLICOS DE LAS PRINCIPALES FIESTAS DE AROCHE

*Félix Talego Vázquez.
Licenciado en Antropología.*

Las fiestas comunales son aquellas en las que se ve involucrada el conjunto de una sociedad local, en este caso la arochena, es decir, aquellas en las que "el pueblo está en fiestas". Nos referimos a la Navidad, al Carnaval, la Semana Santa, la Romería y la Feria. Cada una de ellas presenta particularidades bien diferentes a las demás. Y sin embargo, todas ellas son rituales de reproducción y legitimación de la identidad local, aunque, eso sí, cada una lo representa de una forma específica, resultando en cada caso diferentes componentes de esa identidad.

Es en estas fiestas donde más directamente suele quedar reflejada la estructura social real del pueblo. De todas ellas en conjunto puede afirmarse, a un primer nivel de análisis más general o abstracto, que una de sus funciones fundamentales es precisamente la de presentar al conjunto social local como un todo integrado, lo que queda reflejado simbólicamente por la participación de todos en unos mismos hechos festivos.

Pero pasemos ya al terreno de lo más específico y concreto y veamos las características que definen a las fiestas más importantes del ciclo festivo arocheno: la Feria, la Romería y la Semana Santa.

LA FERIA Y LA ROMERÍA.

Si las comparamos las dos quizá sea más fácil entender la especificidad de cada una de ellas. Son, hoy por hoy, las dos fiestas más espectaculares del pueblo, debido a la participación masiva y generalizada de toda la gente, independientemente de su condición y de su edad (si obviamos a las personas de avanzada edad). Estas fiestas son, por excelencia, las fiestas para la

reproducción de la identidad local y el reconocimiento de las distintas partes de la estructura social. Dicho en términos teatrales, en ellas, más que en otras, el pueblo sale a escena para representarse a sí mismo las diferencias sociales de clase y estatus (dijo Calderón que el mundo es un gran teatro donde se representan las vanidades). En ambos casos, la fiesta, el ritual, se realiza en un espacio determinado, donde todo el mundo va a desempeñar su papel. Ello es necesario para que la escena sea el pueblo completo. A su vez, todo se desenvuelve en un contexto de alegría y bullicio.

Para el caso de estas dos fiestas es perfectamente aplicable lo que Isidoro Moreno ha dicho refiriéndose precisamente a algunas fiestas comunales, que "... tienen el doble significado de reflejar simbólicamente la segmentación y jerarquización de los grupos sociales que subdividen la sociedad a través de su ritualización, y de negar, a la vez, también simbólicamente la confrontación entre las clases y grupos... El igualitarismo ritual, la utilización de unos mismos y equivalentes símbolos, suaviza los conflictos y oposiciones reales"¹. La Feria y la Romería son, efectivamente, dos fiestas cuya función integradora es clara; tanto en un caso como el otro el lenguaje simbólico tiene una primera lectura que permite diferenciar el "nosotros" de el "ellos" y tanto la categoría "nosotros" como la categoría "ellos" son indiferenciadas internamente. Es decir, a este primer nivel de análisis, todos los arochenos son "nosotros", sin que quepan subdivisiones o jerarquizaciones internas que respondan a ningún criterio, ya sea de sexo, edad o clase; el "nosotros" arocheno funciona como una unidad que se contrapone al "ellos" genérico, que es también una unidad que es definida fundamentalmente según criterios negativos: son todas las personas o entes sociales que no pertenecen a la sociedad arochena, ya sean del pueblo vecino o provengan de remotas tierras. Esta dimensión de fiesta comunal, integrativa del conjunto de los arochenos funciona gracias a que la sociedad local guarda unas proporciones y posee en su seno una riqueza tal de interrelaciones que posibilita el que todo el mundo sepa quien es todo el mundo (o como lo diría un arocheno: "aquí nos conocemos").

¹ I. Moreno Navarro, "Niveles de significación de los iconos religiosos y rituales de reproducción de identidad en Andalucía", ponencia presentada al Coloquio Internacional "La fiesta, la Ceremonia, el Rito", Granada, septiembre, 1987, mimeografiado, pp. 9-10.

Precisamente, los abundantes forasteros que suelen venir de visita a estas fiestas sirven a los anfitriones arochenos como concreción de ese "ellos" genérico y abstracto. La hospitalidad es la norma de conducta que se espera que sea seguida por todos, pero precisamente la hospitalidad lleva a que se remarquen las diferencias en términos amistosos entre los que asumen el papel de anfitriones y los que asumen el papel de huéspedes. Sin embargo, las relaciones entre arochenos y no arochenos pueden cargarse fortuitamente de hostilidad, como cuando surgen las riñas entre algún o algunos jóvenes "de aquí" y grupos rivales de pueblos vecinos (y por cierto, tampoco suele ser pura casualidad que sean los jóvenes los que las más de las veces protagonizan estos enfrentamientos del tipo "los de aquí" frente a "los de fuera", pues ellos están arribando a la edad adulta, aunque no del todo todavía, por lo que es previsible que sientan deseos particularmente fervientes de afianzar sus roles, en este caso, como "hombres que son capaces de jugársela por su pueblo"). Cuando estas riñas tienen lugar en el espacio de la fiesta, lo que ha podido comenzar como una simple escaramuza aislada es probable que llegue a convertirse en una pelea donde se vea envuelta mucha gente, a veces incluso mujeres, pero siempre estarán los arochenos de un lado y "los de fuera" del otro. Difícilmente en otro momento del año, que no sea alguna de estas fiestas comunales, una riña entre un arochero y un forastero será interpretada tan automática y claramente como un conflicto entre un "nosotros" y un "ellos".

Son comportamientos que se explican por esto que decimos que ocurre muy particularmente en la Feria y en la Romería: la reafirmación simbólica a través del ritual que constituye la fiesta de la identidad local y la cohesión de los distintos segmentos y jerarquías constitutivas de dicha sociedad. Y sin duda que por el mismo motivo podemos explicar que las autoridades locales y los directivos del club de fútbol local procuren organizar la celebración de algún trofeo de fútbol para los días de la Feria, poniendo particular interés en que asista el equipo titular de Cortegana o de Rosal de la Frontera, (los dos pueblos vecinos). Por supuesto que todos los arochenos desean que gane "el Aroche", pero ante todo, los encuentros habrán constituido una ocasión espectacular, masiva y emocionante para reafirmar la especificidad del "nosotros" arochero aprovechando la presencia, también masiva y espectacular, de "ellos".

Los emigrantes por su parte, si tuvieran que elegir alguna fecha para hacerse presentes en Aroche, es muy probable que eligieran la Feria o la Romería, y es porque saben inconscientemente que durante esos días se redefine cada año el colectivo social que responde al nombre de "arocheno". Todos los que sigan sintiéndose arochenos procurarán estar esos días en el pueblo.

Pero con ser ambas ocasiones excepcionales para la reproducción de la identidad local, la Feria y la Romería, presentan a su vez diferencias considerables entre sí.

LA FERIA.-

Lo más destacable de la Feria es que en ella, por la forma como se desenvuelve el hecho festivo, quedan reflejadas con mayor nitidez las diferencias sociales: en el transcurso de estos días el ritual festivo ofrece muy pocas ocasiones para que se produzcan relaciones entre individuos o grupos de estatus diferente. Esto es observable hoy día aunque gran parte del espectáculo se desarrolle en sólo dos casetas de entrada generalizada. Una observación fría realizada desde algún rincón en horas de bullicio permite comprobar la existencia de subgrupos bien diferenciados y es lo más probable que la mayoría de la gente pase los cuatro días de la feria sin participar para nada en un círculo social que no sea el suyo. Esta fragmentación no sólo ocurre entre personas de diferente posición social, sino incluso entre las de estatus idéntico, en cuyo caso lo que se remarca es la existencia de círculos de amistad.

Comprobamos pues el doble significado que hemos atribuido a esta fiesta comunitaria que es la Feria; su simbología es polisémica y ambigua (así ocurre siempre con los fenómenos simbólicos): por un lado quedan anuladas las diferencias, o integradas, en esa identidad globalizadora y genérica del "nosotros" arocheno; por otro lado, en el mismo discurrir de la fiesta, se ofrecen continuamente oportunidades para la exteriorización y el reflejo de las diferencias interiores de que se compone la globalidad arochena.

Para quienes viven la fiesta y la hacen posible, esta doble lectura complementaria que ofrece el ritual simbólico, que es en principio sólo una

lectura ideológica de la realidad social, es aprehendida e interiorizada como algo cargado de emotividad, como algo vivencial y profundo que impregna la percepción social de las personas. Ello es logrado gracias a la experiencia sensorial y connotativa que supone todo hecho festivo².

De todas formas, es posible afinar algo más en el análisis de las diferencias sociales tal y como quedan reflejadas en la Feria de Aroche. Vamos a detenernos a hacer algunas observaciones sobre ello, porque es en la Feria, más que en la Romería o en otras fiestas comunales, donde más nítidamente queda reflejada la jerarquización social de la localidad y los cambios que haya experimentado.

Lo primero que debe llamarnos la atención es que en estos últimos años sólo existan dos casetas, que ambas sean de entrada generalizada para todos los arochenos y que no exista en el interior de ninguna de las dos espacio alguno reservado para cualquier categoría específica de personas; y así ocurre también en la plaza de toros y el campo de fútbol en los días de feria en que se celebra en ellos los respectivos espectáculos taurino y futbolístico. Todo el espacio festivo de la Feria es básicamente neutro o indefinido socialmente, es decir, ocupable por cualquier categoría de personas y en cualquier momento. Podría pensarse que ello es así, particularmente en casos concretos como el de la plaza de toros (donde tantas diferencias sociales han estado asignadas tradicionalmente a los "graderíos de sol" y "de sombra", y donde aún dentro del espacio de la sombra eran apreciables subdivisiones internas de estatus social) o las casetas, sólo porque las autoridades locales han tomado una serie de medidas arbitrarias, porque la verdad es que tales medidas han podido llevarse a cabo porque la estructura social arochena presenta hoy diferencias mucho menos acusadas que las que han estado vigentes en décadas pasadas. Por fuerza esta menor diferenciación de los estratos sociales que componen la sociedad local ha de tener su reflejo a nivel simbólico y ritual en la Feria, que, como hemos dicho, es la fiesta privilegiada para reflejar y legitimar cada año tanto el todo como las distintas partes constitutivas de la sociedad arochena.

² Un análisis pormenorizado del proceso ritual y de la forma como operan lo ideológico-normativo y lo sensorial puede verse en V. Turner, "La selva de los símbolos", Madrid, 1980, pp. 25 y sig.

De manera que aunque el discurrir de la fiesta refleje la existencia de diferentes jerarquias, que quedan patentes en la presencia de grupos diferenciados y con pocos contactos entre sí, las diferencias sociales de base no son tales que permitan el surgimiento de espacios diferenciados y exclusivos, como sí sabemos que han existido en décadas anteriores. En la situación actual, por ejemplo, sería poco probable que fructificase el intento de recuperar una caseta de entrada restringida, como lo fue la que se llamó "Caseta d'enmedio": presumiblemente, el intento sería visto por unos y por otros como pretencioso o incluso ridículo, pues las diferencias sociales en la sociedad arochena actual no son tan amplias como para que puedan dar lugar a situaciones de exclusivismo o fuerte endogamia de clase, que es lo que quiere significar, en el plano de lo simbólico, la existencia en los espacios festivos de la Feria de lugares restringidos o "reservados".

LA ROMERÍA.-

Presenta similitudes considerables con la Feria, fundamentalmente que es también, como ya hemos señalado, un momento clave para la reproducción de la identidad local, por lo que, entre otras cosas, todos los arochenos de la emigración procurarán estar presentes en ella, sobre todo si no van a poder estarlo en la Feria, la otra gran ocasión para renovar la pertenencia al pueblo. Pero de la misma forma que en el lenguaje hablado no hay ningún signo idéntico a otro, tampoco se repite nada sustancial en el lenguaje simbólico de que se dotan las sociedades y que se manifiesta a través del ritual y la fiesta: la Romería se celebra en un lugar distinto, en ella asume un papel central la imagen religiosa de San Mamés (la Feria se celebra formalmente en honor de Nuestra Señora de la Asunción, pero la Virgen no desempeña, ni mucho menos, un papel tan importante en la Feria como San Mamés en la Romería), es distinta desde el punto de vista organizativo; los llamados "trajes típicos" adquieren una profusión inusitada y los caballos parece que fueran los mismos protagonistas de la fiesta. Todo esto nos está indicando que los significados culturales que lleva implícitos la Romería de Aroche han de ser en buena medida distintos a los que se dan en la Feria. Vayamos por partes.

Un primer hecho que nos llama poderosamente la atención es que en el lugar donde se celebra la fiesta, los alrededores de la Ermita de San Mamés,

se lleva a cabo el día de la celebración un comensalismo generalizado entre los numerosos y fragmentados grupos que se han organizado y han ocupado los diversos lugares del espacio festivo. Vemos de nuevo cómo se manifiesta esa acentuada fragmentación social a la que hacíamos referencia al hablar de la Feria, pero ahora, al contrario de entonces, los contactos entre unos y otros grupos son muy frecuentes, hasta tal punto que podemos afirmar que este comensalismo es una de las características más definitorias de la Romería; la mayoría de la gente hace visitas a la mayoría de las reuniones, y a buen seguro que serán bien recibidos y agasajados allí donde lleguen con bebidas, tapas y animada y distendida conversación. Entre los jóvenes (y no pocas veces entre los menos jóvenes) es frecuente que surjan espontáneamente en ésta o en aquella reunión grupos de cante y baile entre personas de distintas pandillas o grupos de reunión habitual.

Los forasteros serán también bien acogidos y agasajados en las reuniones, pero, por serlo, deberán ser invitados por algunos de los organizadores de la reunión, en lo que se diferencian de los arochenos, que por el hecho de serlo, están autorizados a visitar las distintas reuniones sólo con tener en ellas un amigo o conocido.

Nada de esto ocurre en la Feria ni tampoco en ningún otro momento del año, al menos en el grado en que ocurre en la Romería. Es más, si algunos de los comportamientos que en este día son vistos como normales o esperables fueran practicados por algún grupo en otra ocasión o incluso en otra fiesta, sería vista como cosa extrañísima o propia de gente que hubiera perdido el juicio. Y sin embargo en la Romería son normales, pues el ritual mágico de la fiesta dota al tiempo, al espacio, a las personas y a las cosas de un significado característico y especial, distinto al que es vigente en el tiempo cotidiano o no festivo, aunque siempre guarden algún tipo de relación uno y otro, como aquí procuramos evidenciar.

No debe pasarnos desapercibido el que todo este magnífico intercambio ritual se produzca en los alrededores de la Ermita, en ese espacio neutro al que se llega después de haber hecho un camino, porque el hecho es que por la noche, en el pueblo (cuando cae la tarde los romeros y romeras regresan al pueblo para continuar la fiesta en el espacio donde dos meses des-

pués se celebrará la Feria) todo vuelve a asemejarse a la Feria y cesa por completo el comensalismo que ha tenido lugar al rededor de la Ermita. El espacio del pueblo está cargado de connotaciones sociales clasistas; en él se hacen vigentes las diferencias y las distancias sociales, que subsisten, aunque ya no sean tan amplias como en el pasado. El espacio de la Ermita, sin embargo, es un espacio abierto y descargado de connotaciones sociales segmentarias y jerárquicas. Por ello es allí donde se hace posible el intercambio ritual al que nos venimos refiriendo.

Sería sin embargo equivocado afirmar que en la Romería de Aroche se opera una difuminación o desaparición ritual de las diferencias sociales de clase (estratos sociales) en un contexto festivo de igualitarismo generalizado. Las diferencias sociales están presentes en la Romería y son perfectamente distinguibles, no solo porque para cualquier arochense es fácil identificar el lugar que ocupan sus paisanos en la trama local de los grupos de parentesco y los diferentes estratos sociales, sino porque los diferentes grupos de amigos que se han organizado para pasar el día y que ocupan distintas sombras o lugares en el campo de la Ermita son básicamente homogéneos desde el punto de vista de su posición social; son grupos festivos que reproducen esa acusada fragmentación que veíamos en la Feria y a la que ya nos hemos referido. Además de esto, la utilización del "traje típico" y, más aún, del caballo, pueden ser también indicadores de diferencias sociales (aunque no siempre estos instrumentos del ritual festivo tienen ese significado en la Romería de Aroche, como trataremos de demostrar después).

Lo que ocurre en la Romería de Aroche a través de la práctica generalizada del comensalismo y del intercambio ritual es un reconocimiento mutuo, una aceptación o consentimiento y, en definitiva, una legitimación de las distintas categorías sociales o estratos que componen la sociedad local, que de esta forma renueva y refuerza la unidad y el consenso básico en torno a los valores y normas de comportamiento que regulan el "modus vivendi" de la sociedad arochense.

Hacer el camino en la Romería de Aroche constituye otra de las acciones simbólicas significativas que conforman la fiesta. En términos generales significa hacer el tránsito desde el uno al otro espacio social. Mucha

gente al cabo del año y sobre todo en los días que preceden a la Romería puede trasladarse a la Ermita, pero saben que hacer ese mismo recorrido en la mañana de romería tiene un significado distinto, aunque no se sepa explicar bien por qué, pero es porque en el día de la romería y sólo en ese día Aroche abandona el casco urbano y se traslada al campo de la Ermita, y allí, donde no existe centro ni periferia, ni zonas ricas y pobres, es donde se produce ese comensalismo. Allí son más fáciles de recorrer las distancias que separan a los estratos sociales arochenos.

Otro indicador más de que Aroche durante ese día abandona un sitio para instalarse en el otro es que lleva consigo en el traslado a la imagen religiosa de San Mamés, que como más adelante explicaremos, es el símbolo emblemático del "nosotros" arocheno. A la generalidad de la gente del pueblo le es hasta cierto punto indiferente que la imagen del Santo esté en la Iglesia Parroquial o en la Ermita durante el resto del año, porque en ese tiempo el contenido de símbolo emblemático de la imagen permanece como si dijéramos dormido o apagado, pero en las fechas próximas a la celebración, la imagen religiosa se va cargando de fuerza simbólica como emblema de la localidad. En esos días previos la imagen es traída al pueblo y las visitas y los cultos a la misma crecen; todo está preparándose para la fiesta. En la mañana de Romería, Aroche hace el camino con su imagen, tanto en el sentido simbólico como en el sentido literal de la palabra.

Pero digamos algo más del camino, de su comienzo y su final. El camino tiene su inicio en la calle Corredera, atraviesa el pueblo en diagonal y sale por la "carretera nueva". Si preguntamos a la gente por qué se hace así, cuando su comienzo podría ser perfectamente en la Iglesia (más cercana a la salida del pueblo hacia la Ermita) o en la misma salida del pueblo, las respuestas suelen ser de dos tipos: que esa es la costumbre o la tradición, o que se hace así para que la gente pueda apreciar la vistosidad del "paseillo a caballo". Ninguna de las dos respuestas nos resulta satisfactoria, sino que, en todo caso, confirman lo que hemos dicho acerca de que los significados profundos del ritual festivo constituyen un saber inconsciente, difícilmente exteriorizable por, quienes hacen y viven la fiesta. Es obvio que es toda una tradición ver el "paseillo a caballo" a través de las calles del pueblo, pero la pregunta sigue formulada: ¿por qué es esa la tradición y no otra?, porque

está claro que ningún fenómeno social ocurre por casualidad o mero azar. Respecto a la segunda respuesta, cabe decir que a lo largo de todo el camino, hasta llegar al "Arroyo la Villa", hay sin duda mejores oportunidades para ver el "paseillo" que desde cualquier acera de las calles del pueblo. Ciertamente que la gente aprovecha el "paseillo" a través de las calles para admirar la belleza de los caballos, el buen hacer de los jinetes, etc., y ese es el mejor acicate para que todos los caballistas procuren estar en la "fila" (el "paseillo") desde el primer momento, pero creemos que esto es una consecuencia de que "el camino" comience en la calle Corredera y no al revés.

La explicación de que "el camino" atraviese el pueblo en lugar de tener su origen en la salida del mismo hacia la Ermita se relaciona con el significado simbólico que tiene el camino, que hemos dicho que indica la marcha del pueblo, de Aroche, desde el casco urbano hasta el campo de la Ermita. En este sentido, el paso de la imagen simbólica, San Mamés, a través del pueblo es como una llamada que hace esa imagen emblemática al pueblo que representa para que le siga. Y efectivamente, la "fila" (el conjunto de los caballistas y carrozas) hacen las veces del conjunto del pueblo que sigue a su imagen. Cuando la "fila" ya ha pasado, los pocos perezosos que han quedado atrás, los que se han quedado encargados del traslado de las comidas, etc., andan impacientes por marcharse para la Ermita, porque "San Mamés ya ha salido y aquí no queda nada". Y al final del día de Romería, cuando es llegada la hora del regreso se repite la misma operación ritual, pero en sentido inverso: San Mamés, al salir de la Ermita, antes de emprender el camino de regreso, da un pequeño rodeo en la explanada que está frente a la Ermita. Simbólicamente, ese pequeño rodeo equivale a la travesía de las calles del pueblo por la mañana: es la indicación a todos de que el pueblo vuelve al sitio donde estará el resto del año.

"El camino" más concurrido, el más bullicioso, no es el de regreso, sino el de ida hacia la Ermita. Ya hemos visto por qué y dónde es su comienzo, pero ¿y su final?: es seguro que los arochenos que lean estos papeles pensarán que no se trata de la misma Ermita, sino del Arrollo de la Villa. Efectivamente, todo el que ha hecho el camino percibe que al saltar ese pequeño arroyuelo ha entrado en el campo de la Romería, en el espacio que por este día hace las veces del pueblo. El lenguaje simbólico se dota de

indicadores, de elementos que lo hagan más evidente o, si se quiere, más palpable, y si decimos que el campo de la Ermita es el día de la Romería el trasunto del pueblo de Aroche, es esperable que ese espacio se dote de unos límites, pues todo pueblo los tiene. Particularmente, ha de quedar claro cual es la entrada y la salida a ese pueblo simbólico, y no hay la menor duda de que el "Arrollo la Villa" se constituye en límite que separa el dentro y el fuera. Todo el mundo verá normal que en las primeras sombras que se encuentran después de haber pasado el arroyuelo se coloquen ya grupos de romeros o "chiringuitos", pero sólo unos metros más atrás, en las magníficas sombras que se encuentran justo antes de llegar al Arrollo, a nadie se le ocurriría instalarse para pasar el día de la Romería. Y es simplemente porque los arochenos tendrían la sensación de estar en el campo, fuera del espacio que en este día es la transfiguración del espacio urbano de Aroche, lo que no sería normal en términos de la participación en el ritual festivo: el día de romería no es un día de campo, tal y como lo es, por ejemplo, el día de Pascua según se acostumbra a celebrar en Aroche.

Nos hemos referido en varias ocasiones a la imagen religiosa de San Mamés. Es menester que profundicemos en los significados de que esta dotado este icono religioso por el lenguaje simbólico de la fiesta, pues es indudable que adquiere un papel central en ese día. Desde el punto de vista formal, aquel que sirve a los actores sociales para explicarse los fenómenos festivos, San Mamés es la imagen de un santo más del santoral católico, pero que goza en Aroche de una devoción religiosa particular y muy acentuada, hasta el punto de que la misma Romería no sería más que la celebración y la conmemoración de la fe que el pueblo de Aroche tiene a lo que representa desde un punto de vista religioso esa imagen. Este es el tipo de explicación que da la Iglesia de estas manifestaciones colectivas y, como decimos es la explicación aceptada generalmente por la gente, aunque algunos, desde posiciones más cercanas al agnosticismo o al ateísmo tienden a decir que lo de celebración religiosa es cierto, pero que a la mayoría del pueblo le sirve sólo como pretexto para pasar un día de diversión y jolgorio.

Para todos, sin embargo, pasa desapercibido el significado subyacente que unifica e integra a las funciones manifiestas y superficiales, como son la religiosa, la lúdica, etc. Ese significado profundo, que no anula, pero que va

más allá de los significados manifiestos, es el de celebración colectiva de la identidad local, del "nosotros" arocheno, que se reconoce a sí mismo y se acepta. Y, precisamente, la imagen de San Mamés es dotada por la sociedad arochena de un valor simbólico que la hace ser el emblema del "nosotros" arocheno; lo que en principio es sólo una imagen religiosa, pasa a ser un símbolo, un referente que se carga de todo aquello que para la gente significa ser y sentirse arocheno; de un colectivo social que cobra de esta forma identidad y vida propia. San Mamés es, y sobre todo en el día de la Romería, bastante más que una imagen religiosa.

Cabe decir que el significado religioso de la imagen no ha desaparecido, porque no es incompatible, pero pasa a un segundo plano, o mejor aún, es integrado por el significado simbólico, más global y determinante, por el significado que en definitiva rige la fiesta. Este significado simbólico no tiene una raíz religiosa, sino que es, nada más y nada menos, que un referente colectivo³. Por eso, cuando la gente grita "¡¡Viva San Mamés!!; ¡¡Viva el Santo!!", no está haciendo tanto un aléluya religioso, sino una llamada a la celebración de todo lo que se considera arocheno y de todos los arochenos. Sólo si lo vemos desde este punto de vista podremos entender que muchas de las personas que dan los vivas y los responden, que caminan detrás de la imagen y que incluso asisten a la misa que se celebra en la Ermita, sean poco o nada practicantes de los preceptos católicos o agnósticos o ateos. Incluso para las personas católicas practicantes, aunque la vertiente religiosa sigue estando muy presente, es la otra vertiente simbólica la que pesa más en este día; ellos se sienten también pertenecientes a ese colectivo que responde a la voz de "¡Viva San Mamés!", y no procede en su caso el rechazo del fenómeno, pues, aunque no pueden explicarlo, saben que el fenómeno no es antireligioso, aunque tenga otra vertiente más importante.

Habrán algunos lectores que pongan en duda esta interpretación y que sigan pensando que para mucha gente que baja al campo ni cobra sentido

³ I. Moreno ha puesto de manifiesto que la celebración de rituales colectivos en torno a iconos religiosos que se dotan de este significado simbólico de que hablamos es uno de los rasgos característicos de multitud de fiestas andaluzas: Moreno Navarro, I, "Religiosité populaire andalouse et catholicisme" Social Compas XXXIII-4, pp. 437-455. Lovain-la-Neuve, Belgique, 1986.

lo religioso ni lo simbólico, que van a "echar el día", a divertirse y nada más, puesto que esto y no otra cosa sería lo que habría que deducir de que buen número de los participantes no se acerquen al Santo para nada; que quizá la interpretación que aquí proponemos sea válida para otros casos, como la Romería de la Virgen del Rocío, donde sí puede apreciarse verdaderamente una masiva y inánime devoción hacia la imagen y lo que representa, pero no para la Romería de San Mamés. Y es cierto, efectivamente, que mucha gente presta poca atención o ninguna a la Imagen, pero eso no significa que cuestionen los significados que ésta posee, por lo menos, el significado como referente colectivo. Creemos que, quienes prestan poca atención a la Imagen en el día de Romería, lo hacen porque profesan un cierto anticatolicismo militante que se concreta en el rechazo al significado religioso de la imagen⁴, pero es bastante improbable que se rechace también el contenido simbólico como referente colectivo de la imagen, porque ello supondría que quienes lo hacen se autoexcluyen de ese colectivo a quien realmente se invoca cuando se dan los vivas a San Mamés.

La razón de que no se preste tanta atención a la Imagen, o que la atención sea menos efusiva y espectacular que en otros rituales colectivos formalmente religiosos, no hay que achacarla a un improbable rechazo del lenguaje del ritual festivo, sino más bien a que no hay razones de fondo que hagan necesaria la manifestación ostentosa de la arochenidad, pues, tanto los límites sociales, territoriales como políticos de Aroche, están claramente delimitados y los símbolos festivos lo remarcan sin posible confusión. Lo que ocurre en la fiesta del Rocío (y en algunas otras fiestas andaluzas) es, precisamente, que los límites socio-políticos y territoriales no están claros,

⁴ En la sociedad arochena, sobre todo en los estratos sociales más bajos, son perceptibles aún hoy reminiscencias del anticlericalismo o anticatolicismo secular (lo que no significa en la mayoría de los casos ateísmo, pues existe en la cultura andaluza una veta profunda de religiosidad popular que conecta con el paganismo precristiano). Este anticlericalismo se cebó en tiempos no muy lejanos (la II República), por ejemplo, con las imágenes religiosas, y en Aroche, la propia imagen de San Mamés sufrió las consecuencias. Indagar en estos hechos es, todavía hoy, un asunto peliagudo, porque, aunque hace ya tiempo, sigue formando parte del presente de Aroche. Quizá algún día sea posible acercarse a estos hechos sin prejuicios; y sería interesante, porque en muchos pueblos, las imágenes que se salvaron de la profanación fueron precisamente aquellas que poseían este otro significado simbólico que decimos que tiene San Mamés.

y varias colectividades con identidades específicas se disputan un mismo símbolo, la imagen de la Virgen del Rocío, y, en relación con ello, un mismo territorio, las marismas del Guadalquivir⁵. Es en aquel contexto festivo donde sí cobra sentido la manifestación efusiva y espectacular de las diferentes identidades locales que entran en pugna simbólicamente: los almonteños, cada año, tienen que ganarse de nuevo la primacía sobre todo lo que significa el Rocío, por ejemplo, monopolizando o teniendo preferencia en el control y el acceso al símbolo central de la fiesta, la Virgen del Rocío.

En la Romería de San Mamés, que ya vemos como es lo mismo que decir la Romería de Aroche, hay otros elementos que cobran un significado particular, o tal vez, sería más acertado decir que tales elementos tienen un significado que les es dado precisamente en la Romería, día en el que cobran toda su relevancia; nos referimos al caballo y al llamado traje típico (de "flamenco", de "flamenca" y de "amazona").

En el tiempo presente, el transporte a caballo ha perdido toda su virtualidad ante la mayor rapidez y comodidad del transporte con los vehículos de motor, y sin embargo, su importancia se ha mantenido o incluso ha crecido como elemento ritual de las romerías andaluzas. Si no hubiese mantenido los significados simbólicos que se ponen de manifiesto en muchas fiestas andaluzas, sería muy difícil ver caballos en los campos como todavía podemos seguir viéndolos, y pasaría como con los mulos y los burros, que son ya hoy animales muy extraños en amplias zonas del paisaje andaluz.

El llamado "traje típico" no tiene ni ha tenido un uso práctico, sino que su única utilidad es la que le es dada por la simbología de la fiesta. Los "trajes típicos" son, por lo general, el estereotipo de alguna vestimenta que tuvo un uso práctico en un tiempo pasado, aunque el propio traje ritual va sufriendo modificaciones con el tiempo. En la Romería de Aroche se usó otro tipo de vestimenta ritual femenina, que era el llamado "traje de serra-

⁵ La tesis sobre el conflicto territorial que subyace en la celebración del Rocío y la traslación del mismo al plano simbólico del ritual fue dada por I. Moreno, conferencia en el Ateneo de Sevilla, 1985.

na", trasunto a su vez de otra vestimenta más antigua; pero este traje fue sustituido hace ya bastantes años por el actual, que es de influencia sevillana y que conocemos como "traje de flamenca". El traje ritual masculino ha sufrido menos cambios y puede decirse que tiene su origen en el atuendo del vaquero a caballo, usado aún en las grandes fincas ganaderas andaluzas.

De todas formas, lo sustancial, tanto en el caso del caballo como del "traje típico", es que el lenguaje simbólico de la fiesta les dota de significados específicos que contribuyen al enriquecimiento del hecho festivo y de su carácter espectacular y extraordinario. Tanto en uno como en otro caso se dan dos significados, que son para ambos los mismos, aunque se dan de forma contrapuesta; nos explicamos: el "traje típico" femenino, el "traje típico" masculino y el caballo (que, en buena medida, puede ser interpretado como una parte más, aunque la fundamental del "traje típico" masculino) transmitan información (con fuertes cargas emotivas y de subjetividad, como siempre en las fiestas) sobre estratificación social y sobre género (lo masculino y lo femenino) al mismo tiempo. Esto es así en un buen número de romerías y ferias andaluzas, pero cada caso concreto presenta variaciones, a veces muy acusadas, que se explican en relación a la específica estructura social de los colectivos sociales que hacen las distintas fiestas. Y aún en una misma fiesta pueden producirse cambios importantes en el contenido de tales significados a lo largo del tiempo.

En términos generales, válidos en buena medida para toda Andalucía, puede decirse que desde el punto de vista de la estratificación social, los dos trajes típicos, el masculino y el femenino, indican en principio que quienes los portan gozan de una posición social más elevada que aquellos que llevan el atuendo cotidiano. Desde el punto de vista del género, el "traje típico" masculino quiere representar todos los atributos y cualidades que son considerados como propios de la masculinidad, tal y como ésta es entendida por la mayoría de la población. Por su parte, el "traje típico" femenino simboliza todo lo que va asociado a la feminidad. La razón de que las dos vestimentas sean simbólicamente contrapuestas entre sí se explica porque la cultura tradicional dominante concibe que los atributos y cualidades que son propias a cada uno de los sexos se contraponen por exclusión a los del otro sexo. Así por ejemplo, se considera que al sexo varón le es propio

"por naturaleza"⁶ todo lo que queda comprendido en el concepto de masculinidad: valor, fuerza física, resistencia, gallardía, honor masculino (que no es lo mismo que el femenino), iniciativa sexual (son los hombres los que se considera que deben tomar la iniciativa en las relaciones con el otro sexo), etc. Pues bien, estos atributos, por el hecho de estar culturalmente asociados a lo masculino, están ausentes o tienen un significado distinto cuando son aplicados a lo femenino. En otras palabras, la cultura dominante construye a partir de los sexos (que son realidades biológicas a las que no corresponde en sí ningún comportamiento o valor concreto) una concepción de la sociedad polarizada en torno a dos géneros, el masculino y el femenino.

En el caso de Aroche esto ocurre así muy claramente: cada romería, las personas de sexo varón que llevan el vestido ritual correspondiente remarcan la idea cultural de que lo masculino es algo específico y contrapuesto a lo femenino, y viceversa. Son como dos polos contrapuestos pero que se complementan: la figura del jinete a caballo con su traje de flamenco que lleva a una acompañante vestida de flamenca (no podría ocurrir nunca del revés en la Romería si se llevan trajes rituales y es infrecuente que ocurra incluso si no se llevan trajes) es todo un símbolo de lo que la sociedad arochena (o por lo menos la fracción dominante de la misma, la que impone el lenguaje simbólico) atribuye a lo masculino y lo femenino como atributos contrapuestos y complementarios, donde la primacía y el dominio corresponden al hombre, que es "el que siempre lleva las riendas".

La Romería se constituye por este motivo en un momento clave del ciclo festivo anual para la redefinición y revalidación de los roles asignados a cada uno de los sexos y de la relación que debe existir entre ambos. Esta función legitimadora de la relación entre los géneros tal y como los entiende la fracción dominante de la sociedad arochena se da, no hay que olvi-

⁶ Los valores culturales que interpretan y dan sentido a las costumbres e instituciones sociales son interiorizados por los individuos en el proceso de socialización (todo lo que es aprendizaje en sentido amplio) como realidades suprahumanas o extrahumanas, o sea, de orden "divino" o "natural", realidades, por tanto, ante las que los hombres nada pueden hacer, realidades inmutables. Esta forma de aprehensión del conocimiento social es lo que en términos marxistas es llamado "reificación de la realidad social". Véase a este respecto Berguer, P. y Luckman, T., "La construcción social de la realidad", Madrid, Ed. Amorrortu-Murguía, 1986.

darlo, en el contexto de una fiesta donde quedan revalidados el conjunto de valores y normas fundamentales que regulan la estructura social arochena. No es de extrañar que ocupe un lugar destacado en la fiesta esta representación simbólica de lo femenino y lo masculino, remarcándose además la supremacía masculina (los que "llevan las riendas"), pues en la vida cotidiana, en el tiempo de trabajo, esta forma de concebir los géneros es el instrumento ideológico clave para definir algo tan importante como los roles económicos y sociales que corresponden a ellos por un lado y a ellas por el otro, así como las relaciones entre unos y otras que han de regir en el seno de los grupos domésticos (familias nucleares) y de parentesco (relaciones familiares extensas).

Es cierto que pueden verse en la Romería de Aroche algunas mujeres, aunque pocas, que visten el traje ritual masculino y montan a caballo, pero eso no es contradictorio con la interpretación que hemos dado: el traje ritual tiene el significado y los atributos que hemos descrito con independencia de la persona que los porta; el caballo y el traje no cambian su contenido simbólico porque los lleve una mujer, sino que siguen representando que lo masculino es específico y contrapuesto a lo femenino. En estos casos en que las mujeres llevan el traje masculino y el caballo, parece que pasa a un segundo plano la vertiente de género y cobra mayor relevancia la vertiente social; lo que se indica preferentemente es que determinadas familias pueden llevar a la Romería más de un caballo. El rasgo simbólico que más destaca ahora en el caballo es su atributo de prestigio social. Y por supuesto que no cabe interpretar estos casos como una inversión ritual de género en la que las mujeres a caballo adquieren en el contexto simbólico de la fiesta los atributos masculinos y el privilegio de "llevar las riendas".

Veamos ahora como se concreta en la Romería de Aroche ese otro significado que es genéricamente atribuible al caballo y al traje de flamenco y de flamenca: el prestigio social. La primera y más evidente constatación es que, tanto el traje masculino (y su elemento fundamental, el caballo) como el femenino son hoy más usados que nunca, y por gentes de las más diversas posiciones sociales; hace sólo diez o doce años se veían muchos menos trajes y menos caballos, y la gente que los llevaba podían ser identificados, más o menos, con los estratos sociales medios y altos de la

localidad; hoy, sin embargo, sería erróneo identificar en la Romería de Aroche traje y caballo con estatus social medio o elevado de quienes los llevan.

Lo que ha ocurrido es, simplemente, que, por una serie de circunstancias de índole económico-social que no viene al caso referir aquí, tanto los trajes como los caballos son accesibles en el momento presente en Aroche a la gran mayoría de la población. Pero cuidado, ello no quiere decir, necesariamente, que se haya producido una igualación social, sino, únicamente, que esos elementos rituales, que antes eran un lujo y una carestía y señalaban por lo mismo a quienes los llevaban como "ricos" o "medio ricos", están perdiendo en el presente, en buena medida, ese significado "clasista" y quedándose sólo con el otro significado que les habíamos atribuido: el de representación de los principios masculino y femenino. Por tanto, aunque la vertiente de clase no esté ausente del todo en estos elementos rituales (particularmente en el llevar o no llevar caballo y en el tipo de caballo que se lleva), lo que anima hoy a los jóvenes a "vestirse" o "llevar caballo" es el sentirse miembros de la colectividad arochena y participar en ese juego ritual donde se expresa y se acepta eso que está más allá del caballo y del traje de volantes: el mundo cultural masculino y el mundo cultural femenino.

Es comprensible que haya pasado a un segundo plano el significado diferenciador de estatus que poseen en principio los trajes rituales y el caballo: toda sociedad que construye su estructura en base a estratos sociales y clases, como es ésta en la que vivimos y a la que pertenece la colectividad arochena, requiere siempre de la representación en el lenguaje simbólico de las diferencias de estatus, porque es la forma fundamental a través de la cual quedan reconocidas y legitimadas. Pero los elementos rituales de que se dota el lenguaje simbólico para representar esas diferencias han de ser, en todo caso, escasos y lujosos, es decir, que estén al alcance de una minoría. Si las circunstancias históricas dan lugar a que tales elementos se hagan abundantes, baratos y accesibles fácilmente para la mayoría, pierden en la misma medida su carga simbólica de diferenciación clasista. Eso no significa que las diferencias sociales desaparezcan; significa que han de quedar reflejadas en el lenguaje simbólico de una forma nueva y con elementos

diferentes y nuevamente escasos y lujosos. Si en Aroche el caballo sigue teniendo algún papel simbólico como diferenciador de estatus es porque pueden establecerse diferencias económicas significativas entre yeguas para cría y caballos alquilados por un lado (son menos costosos) y caballos y yeguas que se mantienen con el único objetivo de ser lucidos en la o las romerías, para la práctica de la equitación, etc.

LA SEMANA SANTA EN AROCHE.-

Si atendemos al significado manifiesto y formal, el más evidente para los actores sociales, la Semana Santa sería el conjunto de actos litúrgicos y ceremoniales de carácter católico que se celebran cada año en unas fechas determinadas para conmemorar la pasión y muerte de Jesucristo y renovar con ello la fe cristiana de los creyentes. En primera instancia, los actos de la Semana Santa servirían, pues, para profundizar en los vínculos espirituales entre los creyentes y Dios. Pero, si sólo se tratara de esto, no estaría justificada la inclusión de la Semana Santa como una fiesta comunitaria más del ciclo festivo arocheno. Pero creemos que hay razones sobradas para considerar que la Semana Santa tiene otra serie de dimensiones, tan importantes o más importantes que la puramente espiritual, que la hacen ser también un fenómeno colectivo, más o menos organizado y asumido por la mayoría de la población, en este caso arochena, donde se expresan simbólicamente contenidos ideológicos morales y políticos. Estas otras vertientes no puramente espirituales del fenómeno justifican que la Semana Santa, tal y como se concreta en Aroche, pueda ser considerada como fiesta comunitaria y que pueda ser abordada desde la óptica de la antropología social.

A nadie debe extrañar que las celebraciones de la Semana Santa sean algo más, o mucho más, que una forma de relacionarse la comunidad de creyentes con Dios: la Semana Santa es una celebración religiosa, y todos sabemos que cualquier religión es, en definitiva, una fórmula concreta para la relación entre lo humano y lo sobrenatural que implica -he aquí lo interesante desde el punto de vista antropológico- la categorización de los actos humanos y sociales en buenos o malos, de salvación o condenación. Es decir, toda religión es también una propuesta de organización social. De

manera que buena parte de los contenidos ideológicos, morales o políticos que se expresan en las celebraciones de la Semana Santa, de cualquier Semana Santa de cualquier localidad, son contenidos plenamente coherentes con el carácter religioso de la ocasión.

Como trataremos de demostrar, el conjunto de significaciones latentes que se expresan a través de las celebraciones de la Semana Santa en Aroche, son principios ideológicos y éticos básicos para el ordenamiento de la vida social local. Es significativo que, aún hoy, con un Estado laico, un aparato educativo estatal laico y unos "medios de formación de masas" (llamados medios de comunicación) también laicos, las fracciones dominantes de la mayoría de las poblaciones andaluzas, como ésta de Aroche que nos ocupa, continúen recurriendo a superestructuras ideológicas de tipo teológico o religioso para la legitimación de aspectos sustanciales de la estructura social.

Pero dejemos ya los prolegómenos y veamos qué ocurre en la Semana Santa de Aroche.

Primeramente hay que destacar que esta celebración constituye un momento fundamental para la oración y para la experiencia íntima de tipo místico del creyente con Dios y sus intercesores los santos y la Virgen María. Este tipo de experiencia no puede ser desligada totalmente en la persona del creyente de un sistema de valores que influye finalmente en el comportamiento y en las actitudes de la persona ante los demás, pues, como hemos dicho, lo místico y espiritual está relacionado con el mecanismo de legitimación de ese sistema de valores. Pero, como tal experiencia mística, se trata de un acto individual que se expresa a través de la oración, de las promesas, la comunión cristiana; de vivencias íntimas como la emoción y el sobrecogimiento del creyente ante lo que representan las imágenes procesionales, etc.

Todas estas manifestaciones pueden apreciarse en la Semana Santa de Aroche a lo largo de la celebración de los distintos actos litúrgicos y ceremoniales, pero es necesario que los distingamos de las manifestaciones propiamente colectivas (sociales por contraposición a individuales), donde lo

fundamental ya no es la relación de cada persona con lo sobrenatural, sino la relación entre el conjunto de personas que participan en las celebraciones. Como acto colectivo, la Semana Santa es portadora de un lenguaje simbólico que transmite información sobre los principios morales e ideológicos que organizan la vida de la sociedad arochena. Nosotros vamos a centrarnos en esta segunda vertiente más social de la Semana Santa, porque creemos que es la más determinante para comprender su discurrir y sus funciones latentes.

La clasificación más pertinente que cabe hacer entre los distintos actos ceremoniales es la que distingue entre los que se celebran en el interior del templo y los que se celebran en la calle, en el espacio público de Aroche.

Los actos colectivos que se celebran en el interior del templo (misas triduos, etc.) son los mismos que tienen lugar a lo largo del año, sólo que se celebran con mayor intensidad y a ello suele asistir mayor número de gente. Quienes participan en ellos, por el hecho de hacerlo, "comulgan", asumen un conjunto de valores normativos e ideológicos que la Iglesia Católica española ha presentado tradicionalmente (sigue haciéndolo aunque sean perceptibles algunos cambios) como los valores "sagrados" que responden al orden natural dictado por Dios. Entre estos valores normativos están aquellos que definen los criterios de estratificación social, que determinan que las personas o familias que tienen poder económico y/o político ocupen las posiciones preeminentes en el escalafón del prestigio social⁷; y están también aquellos que definen las normas de comportamiento entre los

⁷ Es cierto que si atendemos al discurso oficial de la Iglesia, sólo oiremos hablar de una comunidad de creyentes iguales ante Dios, pero, en el nivel de los comportamientos prácticos, la Iglesia ha sido una institución de poder terrenal desde tiempo inmemorial, y siempre aliada a los poderes económicos y políticos dominantes, lo que se ha traducido tradicionalmente en múltiples manifestaciones simbólicas en todo lo relacionado con esta importante institución: la ocupación de espacios privilegiados en el templo por las personalidades políticas, económicas y militares; la recordación a través de esquelas e inscripciones de las familias y personas que hicieron donativos importantes a la Institución; su participación privilegiada en la "coronación del poder" (los actos rituales para la instauración y reproducción del poder), etc. Toda esta dinámica la arrastra la Iglesia desde siglos, procurando siempre que los creyentes interiorizaran y "bendijeran" esos criterios de estratificación social.

géneros (masculino y femenino), el campo de actividad social y económica que compete a cada género y las prohibiciones sexuales. La iglesia arochena o, lo que es lo mismo, la comunidad de creyentes arochenos, hace suyos esos principios de organización e interpretación de las relaciones entre las clases y entre los géneros. Pero, entiéndase, mientras tales actos colectivos de reafirmación de estos valores los realicen los creyentes en el interior del templo, lo que ello significa en principio es que ese grupo de personas más o menos amplio asume como propios tales valores y tales creencias. Es decir, se trataría de un acto privado que no tendría porque tener relación con la vida social de la localidad.

Es desde esta perspectiva como tenemos que interpretar el significado más profundo de las celebraciones de la Semana Santa de Aroche en las calles, en el espacio público de la localidad. Desde esta óptica, nos aparece claro que tales actos simbolizan que los principios de organización social que han quedado definidos en el interior del templo serán aquellos por los que deba regirse el conjunto de la sociedad arochena. Ya no se trata de un acto interno, sino de un acto que engloba a toda la sociedad arochena, tanto en cuanto no se produce ningún otro acto público que se proponga como alternativa. Es más, si se produjera, sería interpretado necesariamente como una provocación y una impugnación del contenido normativo que está implícito en las celebraciones callejeras (no en las del templo) de la Semana Santa; no fundamentalmente una provocación hacia la Iglesia como institución o hacia sus representantes oficiales, que también (por estar identificados y defender el contenido normativo que se expresa en la Semana Santa), sino una provocación hacia esa comunidad de creyentes que tiene poder para imponer que su "credo" social sea el que regule a toda la sociedad arochena. Porque, efectivamente, ese "credo" es presentado en las celebraciones callejeras de la Semana Santa, no como el de los creyentes, sino como el de Aroche, porque ¿quien duda que Aroche es un pueblo creyente católico?. El lenguaje simbólico de la Semana Santa lo manifiesta así oficialmente cada año.

De manera que la Semana Santa de Aroche, en particular las celebraciones procesionales, transmiten y reproducen información fundamental sobre las normas sociales que organizan la vida del pueblo, pero es que ya

hemos visto que lo mismo ocurre en la Feria y la Romería: ¿qué hace diferente entonces a la Semana Santa?. En primer lugar, es bien distinto el polo sensitivo y emocional de esta fiesta respecto a las otras dos, y ésta es una vertiente que tiene gran importancia en todo fenómeno festivo: el silencio, el aroma de incienso, la solemnidad de las marchas procesionales, la expresión doliente y dramática de las imágenes, y, más allá de todo eso, el sentido trágico del motivo formal de la celebración (la pasión y muerte de Jesucristo), propician un ambiente general, una sensibilidad que animan al sobrecogimiento y a la seriedad, emociones bien distintas a las que se provocan en la Romería y la Feria. Y junto a esta emotividad solemne, la Semana Santa de Aroche, como cualquier otra semana santa andaluza, transmite otro tipo de sensaciones, también específicas, que, en este caso, son premonitorias de la llegada de la primavera: el aroma y el color de las flores que se colocan profusamente en los pasos procesionales, el mismo clima, que suele comenzar a ser más cálido en estas fechas; el olor del incienso es asociado también a este tiempo liminal, anunciador de la primavera. Todo este tipo de sensaciones y emociones contribuyen a que la Semana Santa tenga un primer significado simbólico específico, que es ser la fiesta anunciadora de la primavera y que nos despidе del invierno⁸.

Y yendo más allá del polo sensitivo de la fiesta y adentrándonos en el ideológico-normativo, es posible encontrar significaciones netamente específicas de la Semana Santa, que, por cierto, no están desligadas de ese tono serio y solemne que hemos dicho que se impone sensitivamente en estos días: mientras que en la Feria y la Romería el significado simbólico fundamental que engloba a los otros es el de redefinición del "nosotros" común arocheno, que tiende a integrar las diferencias, ahora en la Semana Santa esa componente unificadora en la simbología está muy poco presente, y lo que pasa a un primer plano es, precisamente, la definición de los

⁸ I. Moreno ha puesto de manifiesto este significado liminal de la Semana Santa, como tiempo festivo que marca el paso del tiempo cotidiano desde el invierno a la primavera, refiriéndose a la Semana santa de Sevilla. Sin embargo, propone una interpretación simbólica que se refleja en el orden de los pasos procesionales y en los significados asociados a unos y a otros, que no es extrapolable al caso de la Semana Santa de Aroche. Véase Moreno Navarro, I, "Cofradías y Hermandades andaluzas: estructura, simbolismo e identidad", Editoriales Andaluzas Unidas, Granada, 1985.

criterios de diferenciación de clase y de diferenciación de género. En términos del lenguaje simbólico, lo que aparece más evidente en las procesiones, no es la unión entre los arochenos, sino que el orden moral que en ellas se expresa es el orden por el que ha de regirse todo el pueblo, porque es el orden que está en contacto con Dios, o sea, con lo sagrado; el tono serio y solemne de las procesiones parece corresponderse con este carácter fuertemente normativo de la Semana Santa.

Otra característica definitoria y particular de la Semana Santa de Aroche son las funciones latentes que cumplen en el ritual por una parte los hombres y por otra las mujeres; a través de la presencia, de las posiciones, así como del tipo de personas de género masculino que pueden verse en las procesiones se vehicula información sobre las diferencias de clase, de estatus y de autoridad política. Sin embargo, la participación femenina, aunque subsidiariamente puede transmitir información sobre diferencias de estatus, transmite fundamentalmente información sobre los principios de organización doméstica, de parentesco y de control sexual. Esta especialización de los roles masculinos y femeninos en el ritual de la Semana Santa arochena está relacionada con los roles diferenciales que son asignados por la cultura dominante a cada uno de los dos géneros en el tiempo cotidiano (no festivo) de la vida del pueblo: cuando la gente dice de algo que "eso es asunto de mujeres", es lo más probable que se refiera a asuntos relacionados con la casa, a las relaciones que deben seguirse entre los parientes, las normas de comportamiento sexual, el control de la reproducción y crianza de los niños, y en general a temas relacionados con lo doméstico, lo privado y con ciertos aspectos centrales de la relación de las personas con lo sobrenatural. Por el contrario, si de lo que se habla es de "cosas de hombres", se tratará de asuntos de política, de relaciones económicas, laborales, etc.

Otra vez, por tanto, lo masculino y lo femenino tienen presencia destacada en la fiesta, pero no con las mismas significaciones que analizamos para el caso de la Romería; allí, tanto el traje masculino como el femenino, transmitían información sobre género principalmente; ahora, la presencia femenina transmite información de género y sobre los principios de organización doméstica y familiar, mientras que la masculina sólo transmite

información sobre estatus social y autoridad política. En definitiva, en la Semana Santa, ni los hombres que van en la procesión simbolizan la masculinidad ni las mujeres la feminidad, que es lo que ocurre en la Romería con la gente que va vestida con los "trajes típicos".

Detengámonos a considerar la presencia masculina en las procesiones (que no entre los espectadores o el gentío indiferenciado que suele colocarse en las procesiones detrás de la Virgen de los Dolores): en cualquiera de ellas es francamente minoritaria respecto a la femenina. Además, el tipo de hombres que van, pertenecen a los estratos medios y altos de la localidad. Allí van también las autoridades políticas, militares y eclesiásticas municipales.

Pensamos que la presencia de los hombres "medio ricos" o "ricos" (en el lenguaje común arochero estas expresiones equivalen a estratos medios y superiores, sobre todo, cuando de lo que se habla es de la estratificación social tradicional y no de los cambios de los últimos años) junto a las imágenes procesionales significa la legitimación de sus posiciones, pues, no en vano, van acompañando al orden divino que se simboliza en estas procesiones y que se presenta al pueblo nada más y nada menos que como El Orden. ¿Pero por qué es tan reducida la presencia masculina en las procesiones si tanta gente (hombres y mujeres) las ven pasar desde las aceras y aún las siguen, acompañando a la Virgen de los Dolores?. Para entenderlo creemos que es necesario tener en cuenta dos fenómenos: por un lado, eso que los historiadores han dado en llamar el "anticlericalismo", y por otro, la ausencia en Aroche, hasta el momento presente, de consolidadas asociaciones masculinas en torno a imágenes religiosas, o hermandades propiamente dichas.

El llamado "anticlericalismo" es una característica secular de la mentalidad de las capas populares de la sociedad andaluza que, no es tanto un rechazo de los curas o de las creencias cristianas, como del significado político que han tenido los cultos del templo como justificativos de las desigualdades sociales. En el fondo, el "anticlericalismo" es la manifestación de un rechazo, más o menos soterrado o manifiesto, hacia ese orden social de clase que ha estado siempre tan próximo al templo, a sus representantes

los curas y que casi ha monopolizado el control del acceso a las imágenes religiosas⁹. Aún hoy, la no participación de la mayoría de los hombres de Aroche en los rituales callejeros de la Semana Santa, hay que entenderla desde esta perspectiva.

En otros muchos lugares de Andalucía, la presencia de hermandades ha enriquecido y modificado en parte los significados simbólicos de la Semana Santa. Hay que tener en cuenta que las hermandades son asociaciones, por lo general integradas sólo por hombres, que llevan una vida social bastante independiente de las celebraciones católicas del templo y que, por tanto, sus significados no están tan asociados a eso que se entiende por "clerical" en términos de clase: lo fuertemente clasista. Es cierto que esas asociaciones con revestimiento religioso pueden ser marcadamente clasistas, pero allí donde existen queda abierta la posibilidad de constitución de otras hermandades de composición social interclasista o incluso bastante populares. La mayoría de hombres que da vida a estas hermandades pueden estar poco o nada relacionados con las prácticas católicas del templo¹⁰.

El significado del acompañamiento que hacen las diferentes autoridades locales en las procesiones es fácilmente deducible: cada una de las autoridades representa las distintas manifestaciones del poder; el civil, el militar y el eclesiástico, y con su presencia al lado de las imágenes está expresándose la simbiosis de los poderes y su emanación del orden sagrado que

⁹ Es desde esta perspectiva como hay que entender los sucesos de quema de imágenes religiosas que tan frecuentes fueron en Andalucía en las fechas próximas al golpe de estado de Franco.

¹⁰ Hemos escrito este artículo poco tiempo antes que se celebre la Semana Santa del año noventa y dos. Sabemos que este año las procesiones en Aroche van a experimentar cambios considerables, debidos precisamente a que, por primera vez, el protagonismo en las mismas va a corresponder a dos hermandades masculinas de muy reciente creación. Su proceso de gestación ha sido ajeno a la dirección del cura y la gran mayoría de quienes las componen ya no son los hombres tradicionalmente vinculados a la vida del templo (los que según hemos visto ocupaban las posiciones sociales privilegiadas en el pueblo). Es difícil prever cuales van a ser las reacciones de los arochenos ante el nuevo protagonismo de estas hermandades en las procesiones. Lo que sí podemos adelantar es que, si las hermandades se consolidan, las procesiones en Aroche habrán dejado de ser sólo una proyección en el espacio público de todo lo que está asociado a la vida interior del templo y tendrán otros significados relacionados más bien con estas nuevas asociaciones civiles.

representan las imágenes. Son tremendamente significativos los cambios que se han producido en este terreno de la "representación oficial" en las procesiones arochenas desde desde que se consolidó este nuevo régimen político de dominación que han convenido en llamar "democrático":

Por un lado observamos que las autoridades municipales actuales parecen manifestar menos interés en asistir a las procesiones y, a veces, incluso no asisten. Sin duda se debe a que ellos ya no buscan la legitimación de su poder a través de la vía tradicional religiosa, sino a través de una nueva superestructura ideológica de tipo laico, lo que se corresponde con nuevos mecanismos rituales y simbólicos, como son las elecciones, etc. Es más, en el caso concreto de Aroche, cabe pensar que incluso podrían sentirse incómodos en medio del boato ceremonial de las procesiones, pues éstas arrastran aún ese fuerte contenido clasista o elitista de que hemos hablado, siendo ello contrario a su nuevo discurso "democrático", según el cual, los representantes locales del poder civil serían "representantes y portavoces de la mayoría" y justificaciones por el estilo.

Del mismo modo, el poder militar ha hecho en este último periodo menos ostentosa su presencia en las procesiones. También en este caso la explicación está en los nuevos mecanismos de legitimación que el Estado y el Capital han ideado para consolidar el actual régimen político llamado "democrático". Mientras el anterior régimen político llamado "dictatorial" hacia gala del control militar y tendía a confundir las vertientes civil y militar del poder, este nuevo régimen procura distinguir claramente estas dos vertientes y a separarlas a su vez de la religiosa; los militares, en este tiempo político, han aceptado borrar la mayor parte de la simbología heredada de la etapa franquista, que buscaba evidenciar el control militar a que estaba sometida la población. Los militares no han disminuido para nada su capacidad de control, pero han terminado, sin embargo asumiendo este nuevo papel simbólico. Y claro, todo esto tiene que tener su reflejo en este pequeño pueblo.

En cuanto a la presencia de los curas en las procesiones, la situación es más aleatoria o cambiante. La Iglesia institucional española actual, sobre todo en los escalafones inferiores de la jerarquía, es hoy bastante más diver-

sa de lo que lo ha sido en el pasado: junto a sacerdotes que continúan apegados a una concepción de la Iglesia como institución de poder aliada a las clases dominantes tradicionales, hay sacerdotes que tienen una concepción más "popular" de la Iglesia, que la quieren alejada de los poderosos y de la simbología del poder y cercana a los pobres. A Aroche han llegado en los últimos años curas tanto curas que podríamos llamar "chapados a la antigua" como curas que han procurado conectar con los sectores sociales más humildes y sencillos de la localidad. Por regla general, los que están más próximos a este segundo modelo más innovador o "popular" son reacios al ceremonial religioso de la Semana Santa de Aroche, aparte de por otras cuestiones de orden catecumenal que no corresponde ahora comentar, porque sospechan que lo que allí se está representando, entre otras cosas, es la forma tradicional de estratificación social de la localidad, cosa con la que ellos estarán poco o nada de acuerdo.

Veamos ahora los significados de la presencia femenina en las procesiones. Habíamos dicho que no transmite información sobre diferenciación de clase fundamentalmente, sino sobre los principios que deben regular la organización de las relaciones de parentesco y sobre los tabús sexuales (control sexual). Además, la presencia femenina está más estrechamente ligada al contacto de la sociedad con lo sobrenatural, a través, sobre todo, de lo que representa la devoción a la Virgen María. Todos estos aspectos estén estrechamente relacionados con el rol social que les está asignado a las mujeres en la sociedad arochena actual. Ni que decir tiene que este modelo tiene ya hoy vías de ruptura, que asignan otros papeles distintos a mujeres y a hombres, pues, no en vano, la educación estatal laica y los medios de formación de masas ofrecen una influencia considerable a la hora de ofrecer otros modelos de comportamiento social¹¹. No obstante, es indudable que los modelos de enculturación tradicional, que se expresan a través de la religiosidad popular y de las fiestas tradicionales, siguen ejer-

¹¹ No está claro ni mucho menos que estas instituciones hagan una apuesta decidida por favorecer la igualdad entre los sexos, pero es indudable que están provocando un cambio en la manera de entender estas relaciones. Además de esto, y más importante, la incorporación en las últimas décadas de un buen número de mujeres de las clases medias a diversas actividades productivas y de servicios ha favorecido enormemente el que muchas personas se replanteen los papeles y las relaciones entre los géneros.

ciendo un influjo ideológico nada despreciable y siguen siendo el discurso dominante que vemos reflejado en la Semana Santa.

La presencia femenina en las procesiones es mucho más numerosa que la masculina; las "filas" las componen sólo ellas de hecho (los nazarenos, escasos, suelen ser niños y niñas que son animados por sus madres a vestirse) y allí hay mujeres de muy distintas edades y de extracción social distinta.

Los símbolos de mando (las varas) son también llevados comunmente por mujeres, por aquellas que asumen mayor protagonismo en las labores de preparación de los cultos y procesiones. Es sumamente significativo que un mismo objeto ritual, las varas, cobren un significado distinto en función de que las lleven hombres o mujeres: cuando las llevan hombres, las varas simbolizan poder, autoridad, prestigio y distinción de clase; cuando las llevan mujeres, significa que la simbología que se vehicula a través de la presencia femenina cobra mayor relieve en el ritual que los valores y significados que se transmiten a través de la presencia masculina. De hecho, como hemos apuntado, las varas no necesariamente han de ser llevadas por las mujeres de los estratos sociales superiores, sino por aquellas que han colaborado más en los trabajos necesarios previos a las procesiones, sean de la posición social que sean. En el fondo, es indiferente quien lleve las varas o quien vaya en las "filas" (las dos hileras de personas que componen la procesión); lo importante es que son, en conjunto, los significados femeninos los que cobran relieve. Por eso, si observamos la fila, vemos colocadas indistintamente a mujeres de posición social diferente, cosa que no ocurre con los hombres en la misma procesión.

El ritual de las procesiones de Aroche, fijándonos en el papel simbólico que cumplen en ellas las mujeres, reproduce y legitima los valores y comportamientos asignados a las mujeres por la sociedad tradicional, "santificados" previamente en el templo y presentados a la totalidad del pueblo como integrantes "naturales" del Orden.

Hemos de tener en cuenta que las mujeres han tenido y tienen un papel muy importante en la educación de los hijos, en la enseñanza de las formas de ser y pensar de los futuros adultos; las referencias ideológicas para

tal labor están en las concepciones de la religiosidad cristiana popular. Pedro Cantero ha demostrado brillantemente en los primeros avances de una investigación en curso en la Sierra de Aracena, como a través de la devoción a la Virgen y de las prácticas que conlleva, las mujeres de la Sierra apprehenden una concepción del mundo fuertemente sexuada que transmiten después en sus hogares a los niños, valiéndose para ello de todo un conjunto de máximas, cuentos, oraciones, prácticas religiosas, castigos y ejemplos, etc.; pone en evidencia que entre los atributos que ellas mismas entienden como propios y naturales para sí y que proyectan simbólicamente sobre la figura de la Virgen, destacan los de pureza, inocencia, obediencia, vergüenza y pudor. Estos atributos, en conjunto, definen a la "madre-virtud", la Virgen, y niegan, por ello mismo, a la "mujer-deseo", simbolizada en el mito cristiano de Eva¹². El protagonismo que ellas tienen en la práctica y el control de la devoción en el ámbito privado de la casa y en el público de la localidad, conlleva el que sobre ellas mismas recaiga la responsabilidad del acatamiento de ese modelo de madre-virtud guardiana de la casa, de la virginidad de las mozas, de la fidelidad de las esposas y, en general, de la sintonía entre los modelos sobrenaturales y la vida sexual, familiar y privada del pueblo.

A través de las habladurías o chismorreos sobre los comportamientos de unas y otras, de los consejos-advertencias a las más jóvenes, van delimitando las mujeres continuamente lo que les está permitido o prohibido; lo bueno y lo malo. Su atención se centra fundamentalmente en las mujeres y no en los hombres, porque es a la mujer a quien el sistema de valores dominante impone con rigor las actitudes de la resignación y la renuncia, mientras que en los hombres está más permitido el desenfreno y la provocación, sobre todo en determinadas circunstancias. Por eso se dice que "la mujer es la que tiene que saber guardarse", "ser recatada". Por eso la actividad de control a través de la crítica y el rechazo queda preferentemente en manos de mujeres, "son cosas de mujeres".

¹² Cantero Martín, Pedro, "Virgen y madre: devoción y diferenciación de género en la Sierra de Aracena", ponencia presentada a las III Jornadas de Etnología Andaluza, Málaga, 6-8 de febrero, en prensa.

Pues bien, la presencia y el protagonismo de las mujeres en las procesiones de Aroche está simbolizando el papel preeminente que ellas siguen teniendo sobre este importante conjunto de valores y normas, y, al mismo tiempo queda reflejado el carácter dominante que aún hoy tienen esos valores: por ser ellos los que se ritualizan en el espacio público del pueblo, son ellos los que tienen el reconocimiento de la colectividad para ser públicos y manifiestos, condenando al silencio, a la ocultación o a la negación otras formas de entender y practicar la relación entre los géneros y los papeles que son propios a cada uno de ellos.

No hemos hecho referencia hasta ahora a la presencia de las mantillas en las procesiones de la Semana Santa de Aroche, pero hemos de aventurar siquiera algunos trazos explicativos de este fenómeno, pues constituye uno de los aspectos más característicos y vistosos de las procesiones y ha cobrado vigencia en los últimos años incluso. El traje de mantilla es un traje ritual, una vestimenta que cobra sentido sólo cuando forma parte, como un elemento más, del conjunto de elementos y acciones que se ponen en juego en el proceso ritual, en este caso, las procesiones de Semana Santa.

Las mujeres de mantilla se sitúan en la fila acompañando a la Virgen, como las demás mujeres que participan en la procesión, sólo que ocupando los lugares más cercanos a la imagen. Esto nos lleva a pensar que las funciones que cumplen las mantillas en las procesiones son parcialmente idénticos a los desempeñados por el conjunto de mujeres que componen la fila. Pero pueden establecerse algunas matizaciones interesantes, porque no cualquier mujer, por el hecho de serlo, puede ir vestida de mantilla en la procesión sin que de lugar a extrañeza y desaprobaciones.

Para vestirse de mantilla hay una primera limitación, que en la actualidad ha perdido mucha vigencia, pero que ha sido muy importante en décadas pasadas: sólo las mujeres pertenecientes a los estratos medios y superiores solían vestirse de mantilla, porque sólo ellas podían permitirse el lujo de tener trajes apropiados (lo que se suele entender por "trajes de vestir", más caros, más "refinados" que se distinguen de las vestimentas de uso cotidiano, usadas, "pobres") y mantillas (una prenda cara sólo para usar en

estas ocasiones). El traje de mantilla ha tenido tradicionalmente por lo tanto un significado de clase, que hoy ha perdido prácticamente, porque en el tiempo presente, son muy pocas las mujeres que no pueden tener un "traje de vestir" y una mantilla. y efectivamente en las dos últimas décadas hemos visto como crecía el número de mujeres que se vestían de mantilla, y hemos visto como lo hacían mujeres que, según los criterios de estratificación social tradicional, ocupaban posiciones sociales muy diferentes. Si hoy van vestidas de mantilla y ocupando el mismo espacio mujeres que siguen percibiéndose como pertenecientes a estratos sociales diferentes, es porque desde siempre, y hoy por supuesto, el traje de mantilla ha tenido otros significados, más determinantes incluso que el de diferenciación de clase: son todos los significados asociados al género femenino, que afectan a todas las mujeres más allá de las diferencias de clase entre unas y otras.

Pero el proceso ritual de las procesiones arochenas da preferencia a algunos significados sobre otros: los trajes de mantillas no son otra forma más de expresar la feminidad, que vimos que se simbolizaba con el traje de flamenca en la Romería; no significa lo mismo vestirse de mantilla que vestirse de flamenca; a ninguna mujer en su sano juicio se le ocurriría acudir a una procesión con un traje de flamenca, o viceversa. En la Semana Santa, la mantilla privilegia no tanto la simbología globalmente femenina por oposición a la masculina (que es lo que se destaca en los trajes rituales de la Romería, según hemos visto), sino sólo aquellos aspectos simbólicos más estrechamente asociados a lo que la ideología dominante considera como madre-virtud o mujer que acata el rol fundamental que le es encomendado como tal, el rol de esposa y madre y la asunción de todas las funciones (y negaciones como mujer-naturaleza) que ello comporta. Esos son los atributos sobre los que se construye el mito de la Virgen a la que acompañan¹³.

Otra limitación, ésta plenamente vigente, es que se vistan de mantilla para las procesiones las niñas o adolescentes y las mujeres que sobrepasan la edad común de la menopausia. Sólo las mujeres que llevan las varas de mando, aunque sobrepasen esta edad, es visto como normal que lleven

¹³ Cantero Martín, Pedro, op cit.

mantilla. Por tanto, la gran mayoría de las que se visten son mujeres en el período fértil de su vida (desde los dieciséis o dieciocho años en adelante hasta los cuarenta y cinco o cincuenta). En las procesiones hay muchas mujeres que sobrepasan esta edad, pero salvo excepciones, no van vestidas de mantilla; sin embargo, la mayoría de las comprendidas en esas edades llevan mantilla. Esta limitación debe ser explicada atendiendo a un significado asociado al traje de mantilla al que no hemos aludido hasta el momento: este traje ritual realza la belleza -natural- femenina, y una motivación muy importante, sino la principal, que decide a las mujeres a vestirse es el deseo, mas o menos consciente, de lucir, o más bien insinuar, los encantos femeninos. ¿Pero no es contradictorio que se este simbolizando por una parte el acatamiento de los valores femeninos que corresponden al mito de la madre-virtud, que niega los atributos innatos o naturales de la mujer y resalta los de castidad, obediencia, pudor, fidelidad,... y que, por otra parte, los mismos trajes que eso simbolizan ofrezcan la oportunidad para resaltar la belleza femenina, siendo ésta algo natural y relacionado con lo erótico, sensual, impuro y pecaminoso?. Los lenguajes simbólicos son ambiguos y polisémicos, pero difícilmente un mismo elemento ritual o el ritual en conjunto pueden expresar simultáneamente significados mutuamente excluyentes. En el caso que comentamos, aunque en una primera aproximación parezcan evidenciarse contradicciones, una observación más atenta nos permite comprender que esa belleza femenina, que no es negada ni ocultada, se hace presente en las procesiones para indicar de esa forma que lo que potencialmente es una fuerza natural incontrolada y desestructuradora (la mujer naturaleza o mujer deseo) se convierte simbólicamente, a través de la participación en el ritual mágico, estructurado y controlado culturalmente, en una virtud purificada y encauzada culturalmente.

Hay un detalle que no debe pasar desapercibido y que abunda en la interpretación que aquí proponemos: ninguna mujer de mantilla puede ir a la Iglesia ni desde la Iglesia a su casa (para el comienzo y al final de la procesión) sin que lo haga acompañada por un hombre, o, al menos, es lo deseable, que se cumple en casi todos los casos. Los acompañantes deben ser esposos, novios o, en su defecto, familiares próximos o un vecino o amigo de confianza (esto no ocurre con las mujeres que no van de manti-

lla). Sólo en el interior del templo y durante la procesión van solas las mujeres de mantilla: en el espacio santificado o sagrado del templo, o acompañando a la Virgen, que transforma el significado simbólico del espacio que recorre durante la procesión en prolongación del espacio sagrado de la Iglesia. Esta "costumbre" debe ser explicada como un elemento más del mismo universo simbólico que aquí procuramos desentrañar: la mujer de mantilla, con su participación en la procesión, simboliza el encauzamiento y el control de la belleza femenina, o sea, la purificación de lo que, según la cosmovisión de la cultura occidental, es una de las encarnaciones principales del pecado. Por ello mismo, la custodia masculina en el camino desde la casa (el espacio propio femenino, dominado también por un pater familias) hasta la Iglesia (espacio sagrado para la purificación), esta indicando que la belleza femenina o,mas bien, lo femenino como fuerza potencialmente pecaminosa, se encauza, se somete a los principios estructuradores de la comunidad sólo en cuanto que está bajo la custodia de determinados hombres. Lo femenino se supedita, se somete de esta forma, a través del lenguaje simbólico, a lo masculino en todo el universo cultural profano: la casa es el ámbito privado, donde desempeñan sus funciones esenciales las mujeres y es el espacio que les es propio, pero son determinados hombres los que sobre ese espacio establecen su dominio; en la calle, en el espacio público, las mujeres no pueden establecer relaciones por si mismas, sino sólo de la mano de los mismos hombres que establecen su dominio sobre la casa a la que pertenecen, o, en todo caso, del hombre que ha solicitado al padre o "dueño" de la casa la mano de su hija (de mano en mano). Sólo en el espacio sagrado de la Iglesia (espacio con un significado cultural distinto al profano y que sirve fundamentalmente para la purificación de éste) pueden estar solas las mujeres.

Estos son los principales contenidos culturales que creemos que subyacen en las celebraciones procesionales de Aroche tal y como se han dado hasta el año noventa y uno. Hemos visto como esos contenidos simbólicos se presentan en el ritual como un conjunto integrado, coherente, cerrado, de forma que parece que el pueblo que da vida cada año al ceremonial posee también una cultura igual de coherente y cerrada. Pero no es así: lo que se expresa en la Semana Santa (también en las demás fiestas) son

facetas fundamentales de un modelo cultural, el modelo cultural dominante; aquel que propone la fracción dominante de la sociedad arochena como el modelo por el que debe regirse el conjunto del pueblo y que por eso se ritualiza en la fiesta. La gente, sin embargo, es seguro que tendrá, aunque sea de forma parcial, inconexa, confusa, otros valores distintos, otras formas de pensar y de entender las relaciones sociales; nada es inmutable: la vida social engendra por sí misma contradicciones y siempre hay influencias externas que conllevan un cambio paulatino de las sociedades, en direcciones confusas, pero que obedecen al juego de intereses sociales y políticos que en cada caso se dan. En concreto, pensamos que el modelo cultural que se refleja en la Semana Santa sobre los papeles femeninos y las relaciones de género tiene ya hoy vías de ruptura importantes, o si no de ruptura, sí al menos de relajación o flexibilización; porque, por ejemplo, las generaciones jóvenes de muchachas tienen ocasiones y espacios determinados donde pueden ir simplemente a relacionarse entre ellas, o incluso con los hombres, sin que ello cause mayor extrañeza. Eso mismo, en un tiempo no muy lejano, era motivo de habladurías y de escándalo si se sobrepasaban determinados límites; difícilmente una mujer podía salir a la calle antes si no era para solucionar menesteres relacionados con la casa¹⁴, y aún hoy, cuando establecen relaciones formales con un hombre ("novio formal"), o se casan, está "mal visto" el que se las vea asiduamente en la calle "sin nada que hacer" (es decir, sin gestiones domésticas), en los bares o cafeterías, y no digamos ya en la discoteca: una mujer casada tiene prohibido ir sola a la discoteca, lo que no le ocurre a su marido.

Todo esto y mucho más, din duda, está expresándose en los rituales colectivos que hace cada año la sociedad arochena, aunque buena parte de esa información cultural básica sea inconsciente para los mismos actores de las fiestas, precisamente por ser la información más interiorizada, la más sabida; aquella que constituye su "condición natural". El esfuerzo que ha

¹⁴ Todavía hoy, muchas mujeres, sobre todo si son casadas, cuando salen a la calle cogen la cesta de la compra o cualquier bolsa, aunque no vayan a necesitarla. De esta forma quieren indicar que no están en la calle por cualquier motivo ocioso o para practicar las relaciones sociales sin más, cosa que estaría "mal vista", pues la calle y los espacios públicos en el tiempo cotidiano son dominios masculinos. Llevando la bolsa señalan a los demás que están en la calle de paso, para "hace un mandao", y evitan así las habladurías.

supuesto la elaboración de este artículo no habrá sido en balde si con él contribuimos a que sus hipotéticos lectores reflexionen con algún elemento de juicio más sobre el hecho social, sobre sus contradicciones, sus miserias, sus ventajas, y pueda así enjuiciarlo y posicionarse frente a él con mayor madurez y responsabilidad.